

**Martes XX del TO**  
**Ciclo B**



20 de agosto de 2024

Ez 28, 1-10

Sal (Dt 32)

Mt 19, 23-30

*P. Eduardo Suanzes, msps*

En la Primera Lectura de Ezequiel, como hemos viniendo reflexionando en estos días, el pueblo está cautivo en Babilonia; y en el libro estamos ahora en una sección en la que el profeta, después de haber preparado a los deportados para acoger la noticia de la catástrofe nacional, de la destrucción de Jerusalén, dirige su atención a los pueblos paganos limítrofes de Israel y formula algunos oráculos contra ellos. Porque la ruina de ellos, bajo el juicio de Dios, aportará algún consuelo al pueblo elegido en esta hora de su gran desventura. Esa es la mentalidad judía de la época. Algunos de estos pueblos paganos caerán condenados por haberse alegrado de la desgracia de la nación elegida, o por haberse enorgullecido respecto del Creador, que es el caso de Tiro en la lectura de hoy. En la todavía mentalidad judía de la época con una incipiente teología, el castigo de Tiro, previsto por el profeta, hará comprender a todos la grandeza y santidad de YHWH<sup>1</sup>.

Como si Dios necesitase, diríamos hoy, del castigo para mostrar su grandeza. Sabemos por Jesús, ahora, que Dios muestra su grandeza con su misericordia. Pero en fin, estamos todavía en el siglo VI a.C. El pueblo necesita aprender y crecer en la idea de Dios.

Habitada por los antiguos fenicios, la isla de Tiro, tenía un célebre santuario de Melkart, que era el dios Baal fenicio. Sólidamente defendida, se había convertido en centro de una gran potencia marítima, superando en esplendor a la vecina rival Sidón. Mantuvo frecuentes relaciones con el reino hebreo. Protegida por sus magníficas naves y sus enormes bastiones, se la consideraba una fortaleza inexpugnable. Aquí se la juzga por su orgullo.

Como acabamos de oír, la acusación contra Tiro es por su extremada autosuficiencia, por la usurpación que hace de prerrogativas divinas: creerse y hacerse estimar como una divinidad, por su arte y habilidad en procurarse ingentes riquezas. Es una pretensión absurda y ofensiva frente al Dios de Israel, Señor y Creador de todas las cosas y el único digno de la máxima estima y adoración. El príncipe de Tiro y su pueblo son simples seres humanos, sacados del polvo y destinados a volver a él. La sentencia es acorde con el pecado: se enviará contra Tiro los más feroces enemigos (que serán los babilonios) que la reducirán a escombros.

Una vez más, Ezequiel desarrolla y explica los acontecimientos en función del concepto de Dios, aun primitivo, en relación con el Dios de Jesús revelado en el Nuevo Testamento. Se le atribuyen a Dios comportamientos humanos, en este caso el de la venganza por haber sido ofendido. Otro buen ejemplo de esta mentalidad es el trozo que se ha leído como «Salmo», que pertenece al libro del Deuteronomio y que se formó en este período.

---

<sup>1</sup> Cfr. GAETANO SAVOCA. *Guía espiritual del Antiguo Testamento. El Libro de Ezequiel*. Ed. Herder. Barcelona, 1992

Sabemos por Jesús que la respuesta de Dios siempre será la de la misericordia, porque como dice el Papa Francisco<sup>2</sup>, la misericordia en la vía que une a Dios y al hombre. Y si dice que es «*la vía*», quiere decir que es el único puente de unión entre Dios y la criatura.

En el Evangelio, que es continuación del relato de ayer en el que el joven rico se acercó a Jesús inquieto por la vida eterna, Jesús afirma con esa hipérbole del camello y la aguja la práctica imposibilidad de que los ricos que no renuncien a su riqueza puedan hacerse discípulos. Anteriormente le había dicho al joven rico «*una cosa te falta*» y esa «*cosa*» era precisamente dejar la riqueza, dejar lo material que llena su corazón. Él que venía con la idea de «*conseguir*», de retener, de poseer, para sí la vida eterna, Jesús le trastoca sus expectativas indicándole el camino: se trata, precisamente de dar, desprenderse, no poseer...Justamente lo contrario. Le reveló al joven lo que le faltaba, lo que no fue capaz de hacer desde pequeño.

Los discípulos responden alarmados: «*entonces, ¿quién podrá salvarse?*» El verbo que se utiliza aquí por «*salvarse*» tiene el significado de «*salir/escapar/salvarse de un peligro*», en el sentido de poner la vida a salvo, es decir, aquí, escapando del peligro de la miseria. Pero Jesús les dice que la seguridad del grupo, del discípulo, no está en los recursos materiales, sino en Dios, como ya le había dicho al joven rico.

Pedro no se deja convencer. Su respuesta es casi de desafío a Jesús. Desea que Jesús concrete, porque ellos han cumplido las condiciones puestas al rico: quiere saber qué porvenir les espera.

La respuesta de Jesús es solemne, pues comienza con ese «*Yo les aseguro*». Y les asegura que la renuncia a las propias posesiones no desembocará en la miseria, sino en la abundancia centuplicada. Su realización dependerá para cada uno de la realidad de su renuncia. Así de sencillo y claro.

Es importante fijarse en las palabras que dice Jesús: el joven rico se había acercado con el deseo de «*conseguir*»; Pedro con «*qué nos va a tocar*», en ambos casos en el terreno de la posesión, del retener. Jesús responde con «*heredar*». La vida eterna no es algo que se obtiene, que se consigue, sino que se hereda, como corresponde a los que son hijos del Padre<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> FRANCISCO. El rostro de la misericordia. Bula.

<sup>3</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981